

## Desafuero Justicia Política

POR LORENZO MEYER

**L**A imagen de Jorge Díaz Serrano —empresario privado exitoso, ex director de Pemex, ex aspirante a la Presidencia de la República— escuchando, tras las rejas de un juzgado del Reclusorio Sur de esta ciudad, la acusación que en su contra presentó la Procuraduría General de la República tiene muy pocos precedentes entre nosotros. En el México posrevolucionario, los poderosos sólo visitan las prisiones muy de tarde en tarde, por breves momentos, y en el desempeño de alguna de sus múltiples obligaciones oficiales. La justicia ordinaria la supervisan pero no es para ellos.

Para encontrar imágenes comparables a las que acabamos de ver, hay que remontarse muy atrás, a la etapa de formación del sistema, (los casos recientes de Méndez Docurro o Barra García no son comparables puesto que éstos nunca fueron primeros actores en nuestro drama político).

★

**E**S necesario desempolvar al Casasola para ver en 1932 a Luis Napoleón Morones tras las rejas de una prisión en Los Mochis, a donde fue a dar acusado de haber proferido insultos contra el Presidente; poco antes, entre 1924 y 1928, Morones había sido el líder indiscutible de la CROM, la única organización de masas de la época, y secretario de Industria, así como también aspirante a la Presidencia. La otra imagen que se viene a nuestra memoria es la de un general Calles, ya viejo, en un juzgado de la capital, en 1936, acusado de planear un levantamiento,

SIGUE EN LA PAG'NA DIEZ

## Desafuero

Sigue de la página seis

tamiento, pero en realidad, culpable de haber intentado limitar los poderes de la Presidencia del general Cárdenas.

En el fondo, el caso de Díaz Serrano comparte algunas características con los de Morones y Calles, pero también tiene diferencias; en esta ocasión el poderoso se encuentra acusado no por un crimen político sino por algo más vulgar y cotidiano entre nosotros: un supuesto fraude en la compra de dos buques gaseros.

La acusación formal contra Díaz Serrano parece tener una base sólida. Se trata, en principio, de un asunto legal, pero no exclusivamente; no estamos frente a la acción de la justicia ordinaria, sino de otra, de una justicia extraordinaria o política. Actos como el que se le imputa a Díaz Serrano son, desgraciadamente, rutinarios en las compras de las grandes empresas del Estado... y hasta hoy muy pocos de sus dirigentes han sido llevados a juicio por ese motivo. Díaz Serrano puede o no ser culpable, pero sin duda que tiene muchos y muy ilustres antecesores a los que no vimos ni veremos en el banquillo de los acusados.

Si se hace justicia en el caso de Díaz Serrano se debe no a que eso sea normal en nuestro sistema —todo lo contrario— sino a lo extraordinario de las circunstancias en las que ahora se desenvuelve nuestro proceso político: la crisis económica y la política derivada de aquélla. Ante el desastre al que nos llevó la mala suerte junto con la ineptitud y la corrupción de nuestros líderes, es políticamente necesario encontrar y castigar a culpables, aunque sea selectivamente.

¿POR qué el sistema seleccionó a Díaz Serrano, y no a otro? Bueno, en primer lugar está el hecho de que la Procuraduría tiene un argumento sólido contra él. Pero además, es obvio que el auge petrolero, impulsado por Díaz Serrano, fue mal manejado y el ex director de Pemex no puede ser ajeno al desastre. Hay más, el ingeniero hizo su veloz carrera política "a la americana", es decir, pasó, sin transición, de ser un gran y rico empresario a ocupar un puesto de primera responsabilidad política—superior incluso al de muchos miembros del gabinete—única y exclusivamente por su relación personal con López Portillo. Lo vertiginoso de su caída sólo se compara con lo meteórico de su ascenso; para el cuarto año del sexenio pasado, Díaz Serrano se creyó con posibilidades y derecho a aspirar a la Presidencia. Únicamente la baja en los precios mundiales del petróleo y una silenciosa pero feroz lucha en el gabinete le hicieron perder su puesto y con él la gran oportunidad. A partir de ese momento el ingeniero se convirtió en un blanco vulnerable; su prepotencia y ambición le ganaron muchos enemigos, y lo improvisado de su carrera le impidió formar un grupo político propio, como el de Hank González, por ejemplo. Finalmente, su liga y base casi única con el feroz mundo de la política mexicana era López Portillo, un Jefe del Ejecutivo que al transformarse en ex Presidente en medio del caos económico, se encontró sin la menor posibilidad de proteger a sus allegados, pues apenas si puede protegerse a sí mismo.

Pese a las malas razones de su fondo, el caso de Díaz Serrano y los que sigan pueden llegar a dar frutos realmente positivos. La necesidad de mantener un mínimo de legitimidad ante el rotundo fracaso de su estrategia económica puede llevar al sistema a moderar sus instintos depredadores. La justicia es algo muy relativo y lo es más entre nosotros, pero no es imposible suponer que un aumento en los procesos de autocontrol de nuestra clase política por medio de la Presidencia puede dar por resultado patrones de eficiencia y honestidad superiores, sobre todo porque partimos de un nivel muy bajo, que no es muy difícil mejorar. Quizá sea más por fuerza que por amor, pero quien quita y a lo mejor nos volvemos relativamente honrados en nuestra vida pública.